

Discurso del presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, en la Reunión Anual del Foro Económico Mundial

Señores Raymond Barré, Edward Heath y Maurice Strong, copresidentes de la Reunión Anual 1990 del Foro Económico Mundial; señoras y señores:

Mucho me estimula dirigirme hoy a este Foro Económico Mundial, espacio prestigiado de diálogo entre hombres de la política y de los negocios. Nuestro momento no puede ser más oportuno para la reflexión. Existe una gran transformación mundial en marcha. También en mi patria, México, vivimos el cambio intensamente, al ritmo de nuestras necesidades, a la velocidad definida por un pueblo que desea ser parte activa de este fin de siglo y del nuevo milenio.

El mundo recobra hoy su capacidad de asombro ante los acontecimientos en la vida de los pueblos y en las relaciones entre las naciones. Lo que ayer era extraordinario, hoy se sucede en una cadena que cuestiona creencias arraigadas, predicciones estables por años, sentimientos de cercanías o de adversarios. Redescubrimos, una vez más, la irrupción de lo inesperado y el colapso de los ritos del pensamiento y de la acción. Es en la incertidumbre del presente un encuentro magnífico y, a la vez, riesgoso con la libertad. Por eso, reconocer al mundo de hoy es una suerte de arte más que de cálculo. Desde la óptica de una nación como México, y en voz de una generación nacida en la posguerra, me propongo examinar los retos y las oportunidades que se presentan para millones de seres que viven en mi país, y que quizá compartan otros hombres en otras latitudes.

La década que acaba de concluir trajo consigo cambios económicos y políticos a escala mundial. Ninguna nación escapa al efecto ejemplar o al impacto directo de lo que se produce o se experimenta en otros países. El espacio y el tiempo se han angostado no sólo en las teorías científicas sino en la vida cotidiana. En el breve lapso de unas décadas, hemos visto la internacionalización de mercados financieros, la emergencia de los mercados globales de mercancías y, en ciernes, de servicios. Las grandes corporaciones, y aun las medianas, están operando cada vez más a escala mundial. Una revolución en los conocimientos y la introducción de nuevas tecnologías alteran la vida productiva de la fábrica y los términos de la convivencia social.

En este contexto de competencia acentuada, los países más industrializados del mundo buscan mayores economías de escala en la integración de nuevos bloques. Europa en 1992, al constituirse en el mercado más próspero, debe ser una nueva y gran oportunidad mundial para el desarrollo; pero podría en una primera etapa, retrasar una mayor li-

beralización de los mercados mundiales, lo que a la larga se revertiría contra su propio dinamismo. Los nuevos centros de innovación tecnológica y capacidad financiera, como la llamada Cuenca del Pacífico, vuelven más aguda la competencia internacional aunque representan, a la vez, nuevas oportunidades para el reciclaje de excedentes y el impulso a la productividad.

Permanece la amenaza de la recesión frente a los grandes déficit en Estados Unidos. Muchos gobiernos han emprendido prácticas restrictivas de comercio y programas de apoyo a sus empresas para la conquista de los mercados mundiales. Con ello, disminuye la capacidad de los países en desarrollo de allegarse financiamiento y mercados para exportar y en consecuencia crecer. Las perspectivas de nuestras naciones están fundadas en cambios económicos y políticos propios, pero la cooperación internacional, puede elevar y su ausencia limitar los mejores esfuerzos internos.

Riesgos y oportunidades obligan al cambio. El divorcio creciente entre poderío militar y potencia económica, financiera y tecnológica crea una situación inédita en la historia. Asumen mayores responsabilidades aquellos países y bloques de naciones de nueva influencia. Cada nación, cualesquier que sea su grado de desarrollo y sus preferencias ideológicas, enfrenta decisiones difíciles ante la transformación mundial. Pero el mundo no esperará indecisiones internas. La resistencia al cambio puede hacer sucumbir a una sociedad. Ir más lejos de lo que los pueblos quieren o pueden, establecer riesgos a la cohesión misma de las sociedades.

La vertiginosa transformación de Europa del Este fascina al mundo. Como en México, esos países viven hoy cambios; algunos de ellos nos evocan la tradición de Thoreau y Gandhi. Pero los países de la Revolución de Otoño apenas inician ahora lo que nosotros ya hemos experimentado y estamos edificando: la enorme tarea de construir el puente entre las ilusiones democráticas y las realidades económicas. Sabemos, porque así lo hemos vivido en mi país, que toda reforma económica demanda tiempo y exige sacrificios: si se frustran las esperanzas puede perderse el sentido del futuro y surgir la nostalgia por el pasado. Que estos signos espléndidos del cambio no nublen la visión global de Europa y nos distraigan su atención hacia nuestro continente —particularmente hacia México— y hacia otras regiones del mundo.

En México, por decisión interna, nos hemos propuesto un programa de modernización de acuerdo con nuestra realidad, anticipándonos y siendo parte, a la vez, de los cambios

que hoy asombran al mundo. El proceso no ha sido fácil pero hemos hecho ya la parte más dura del trabajo, doloroso muchas veces. Al inicio de la década pasada los mexicanos nos encontramos ante un enorme desafío: internamente, a una política proteccionista de sustitución de importaciones, bajos niveles de ahorro, agobiante presencia estatal en los procesos productivos y altas inflaciones se sumaron, además, el desplome de los precios del petróleo, términos negativos de intercambio y el fin de flujos externos a nuestra economía. Sobre México pesaba una extraordinaria deuda externa basada en perspectivas de alza en el precio del petróleo que compartieron en sus momento, con cierta imprudencia, expertos, banqueros y gobiernos en todo el mundo. Casi toda la década de los ochenta el servicio de la deuda externa llegó a significar anualmente el 6 por ciento del producto nacional. Entramos a un periodo de inflación acelerada y dejamos de crecer. En 7 años el ingreso per cápita cayó más del 22 por ciento y el salario real se redujo a la mitad.

Las grandes necesidades sociales aumentaron en los años de crisis. Viejos rezagos acumulados afectan a la población rural aislada y a los grupos indígenas. A los 85 millones de mexicanos de hoy se sumarán diez millones más en los seis años de mi administración, presionando la demanda de alimentación, vivienda, educación, salud y servicios urbanos. Un millón de jóvenes se incorpora cada año al mercado de trabajo, aspirando a un empleo digno y a una mejor vida que la que tuvieron sus padres. El medio urbano crece aceleradamente. La ciudad de México tiene más habitantes que toda Centroamérica y exhibe dificultades sin paralelo en otras capitales.

La respuesta mexicana ha sido transformar al país para hacerlo capaz de competir con éxito en el mundo y de responder a las demandas de su población. Mi país decidió realizar bien las reglas de la economía internacional para fortalecer su soberanía, y hacerlo garantizando libertades más amplias con unidad interna y con paz social. México decidió ser un actor importante en la configuración mundial del siglo XXI. Pero mi patria es una realidad histórica singular, empalme de muchas culturas y etnias, rico en tradiciones, sentido de familia y su transformación tiene reglas propias, íntimas. Para defender lo más esencial entre nosotros: el sentido de destino común que debe ser para todos. Construimos hoy una nación moderna entre las del mundo para defender nuestra soberanía. Una nación justa, solidaria, para asegurarnos ser todos la misma nación histórica. Soberanía y justicia en libertad son las dos caras de una y la misma lucha; este es, en síntesis el proyecto modernizador de México.

México ha transformado su economía, nos hemos propuesto alcanzar la estabilidad económica y modernizar la planta industrial, en un esfuerzo sostenido y serio, controlamos las finanzas públicas. El gasto público bajó doce puntos como porcentaje de nuestro producto, se eliminaron subsidios públicos injustificados y se ha reformado el sistema impositivo haciéndolo competitivo a nivel internacional. Por eso es que hemos podido reducir el déficit del sector público a una meta de este año equivalente a 1% solamente del producto nacional, la más baja en un cuarto de siglo.

Complementamos la ortodoxia fiscal con la concertación social. Mediante un acuerdo nacional con trabajadores, empresarios y gobierno logramos abatir la inflación que en 1987 llegó casi al 200% a menos de 20% en 1989. Buscamos acercarla cada vez más a la inflación de las naciones

con las que comerciamos. El éxito de este pacto que hemos hecho nuestra que en México los compromisos se cumplen, es prueba de la capacidad ejecutora del gobierno y de la representatividad de las organizaciones sociales. Ha sido un instrumento de cohesión y referencia pública para moderar las demandas que cada grupo hace sobre la economía. Los mexicanos no están dispuestos nunca más a vivir con inflación; los costos que hemos pagado para abatirla han sido demasiado altos, por esto estamos permanentemente alertas y no bajamos la guardia.

En materia de deuda externa la negociación mexicana ha abierto un nuevo camino al reconocer a nivel político que una solución de fondo exige reducciones del principal y de su servicio. México firmará en unos días el acuerdo final con los bancos comerciales. El 41% de los acreedores optó por la reducción del principal en un 35%. El 47% decidió reducir la tasa de interés al 6.25% fijo, y el restante 12% eligió la aportación de recursos frescos.

Estamos convencidos en México de que la negociación fue oportuna y suficiente. Oportuna en el contexto internacional, porque los cambios recientes en Europa del Este competirán por los recursos de los gobiernos y de los organismos financieros. También la negociación fue oportuna en el contexto interno. Una vez anunciado el arreglo, el programa antiinflacionario avanzó y se consolidó el clima de confianza y certidumbre. Las tasas domésticas de interés se abatieron en 20 puntos y el ahorro anual en el servicio de la deuda equivale a más de 10 mil millones de dólares de la deuda pública interna.

La negociación también fue suficiente: permite a México reducir significativamente la transferencia de recursos al exterior y ahorrarse cada año, sólo por el pago de intereses, mil 700 millones de dólares. La deuda total de México, que alcanzó en 1987 los 107 mil millones de dólares, disminuye con el resultado de la renegociación al equivalente de alrededor de 80 mil millones de dólares. Esto como resultado de los pagos anticipados del sector privado. La sustitución de deuda por capital y ahora de las quitas del principal y la reducción de la tasa de interés. Esta es sin duda una situación excepcional entre los grandes países deudores.

El resultado de la negociación ha sido racional para la banca acreedora y satisfactorio para México. La distribución equitativa entre reducción de capital e intereses protege a México de las fluctuaciones abruptas en las tasas internacionales de interés. La reducción de deuda que hemos obtenido fue mayor que la que hubiésemos logrado mediante la recompra al descuento en el mercado secundario, con las garantías oficiales disponibles. Esto muestra que México aprovechó adecuadamente los fondos institucionales comprometidos bajo el Plan Brady. Sabemos que la renegociación en sí no es una garantía para el crecimiento. Éste depende de la congruencia de las políticas internas. Por eso seguiremos perseverando y las mantendremos permanentemente. Pero sin la renegociación no existiría el panorama alentador que hoy prevalece, sin la renegociación la percepción sobre México en los círculos económicos internacionales seguiría vinculada con el problema de la deuda. Cuando queremos que ahora se asocie crecientemente con las oportunidades para el comercio y la inversión.

Además de la renegociación de la deuda, el clima positivo de inversión y opinión en México se deriva de que hemos abierto nuestra economía a la competencia internacional

aceleradamente y en forma unilateral. En unos años México se transformó de una de las economías más cerradas, a una de las más abiertas en el mundo. Nuestro arancel hoy es en promedio menos del 10%, y la casi totalidad de los productos en nuestro comercio están libres de toda restricción no arancelaria. La apertura que hemos llevado a cabo ha ayudado decididamente a reducir la inflación mediante el arbitraje de los precios externos y estimular la eficacia y la competitividad de los productores nacionales. Es notable la nueva capacidad productiva de varios sectores industriales y de servicios. Hace tan sólo 7 años las exportaciones petroleras representaban más de dos tercios del total de las exportaciones. Hoy sólo representan un tercio. Es decir, hemos fortalecido las exportaciones diferentes del petróleo. El compromiso con la calidad total de las manufacturas y la conciencia exportadora, alientan un nuevo orgullo en la capacidad competitiva de nuestra planta productiva.

Buscamos en las negociaciones bilaterales y multilaterales como el GATT, reconocimiento a lo que ya hemos hecho. Para México, negociar el acceso de sus productos a los mercados internacionales es crucial para consolidar el régimen de comercio abierto. Por su situación geográfica única, con una doble frontera terrestre hacia América del Norte y América Latina, con una doble frontera marítima hacia la Cuenca del Pacífico y la Comunidad Europea. Perseguimos acuerdos con los grandes bloques comerciales en proceso de formación.

Nuestra proximidad al mercado norteamericano tiene especial significación. Las marcadas diferencias en el nivel de desarrollo económico entre México y Estados Unidos, no hacen aconsejable un mercado común en un plazo anticipable. Sin embargo, estamos promoviendo acuerdos sector por sector, para garantizarle a nuestras exportaciones un acceso más amplio y seguro al mercado norteamericano. El nuevo acuerdo que firmamos en octubre pasado en Washington, marca el principio de una nueva era de comercio entre México y Estados Unidos: ya hemos conseguido aumentar al doble la cuota de acero, revisar la correspondiente a los textiles e incluir más de 40 productos al sistema generalizado de preferencias norteamericano. Hemos definido una agenda que abarca los sectores con mayor peso en nuestro comercio bilateral, y un calendario para seguir abatiendo barreras.

Tengo un gran optimismo en los resultados de esta negociación comercial con Estados Unidos. Hay de ambos lados la voluntad política para que culmine positivamente: en México para consolidar la reforma económica, y en Estados Unidos para responder a la importancia estratégica de México y contar con un vecino estable y próspero. Tenemos con Estados Unidos una frontera común de 3 mil kilómetros y más de 200 millones de cruces de personas al año. Por eso, o exportamos mercancías o exportamos mano de obra, y todos queremos que los mexicanos trabajen en México y no en Estados Unidos. Con Canadá firmaremos en marzo, durante la visita a México del primer ministro, un acuerdo comercial similar al que ya tenemos con Estados Unidos.

El complemento de la política de apertura comercial ha sido la promoción de la inversión extranjera. Esta es indispensable para contar con ahorro externo, crear empleos e impulsar productividad. Para atraer la inversión externa, hoy más competida que nunca, contamos con estabilidad macroeconómica, con un sistema de impuestos competitivo

y con una nueva regulación que ofrece predictibilidad, transparencia y seguridad jurídicas. Las nuevas reglas amplían los ámbitos donde puede concurrir la inversión foránea en igualdad de circunstancias, y cubren más de dos tercios de toda la actividad económica del país. Tenemos programas especiales para la industria automotriz y también las maquiladoras. Alentamos también la inversión extranjera en el mercado de valores y seguros, para impulsar su internacionalización. A ello se suma una fuerte promoción de la innovación y la transferencia de tecnología, y pronto una protección a los derechos de la propiedad intelectual similar a la de las naciones avanzadas. La inversión externa que participe en la modernización de México, encontrará un mercado interno en expansión y una plataforma conveniente para exportar a terceros países.

Estamos introduciendo una profunda desregulación en varias áreas de la actividad económica, como el sector petroquímico, los transportes, la acuicultura y las telecomunicaciones. Queremos más responsabilidad de los actores económicos y una supervisión estatal que no inhiba sino que estimule. Vemos ya las bondades de estas acciones al eliminar sobre costos hasta por un 50%, debidos al exceso de regulación y trámites, y al observar un incremento en la calidad de los servicios.

Queremos que la recuperación económica sea gradual, porque los años de crisis significaron escasez de inversión en infraestructura, y un repunte acelerado provocaría cuellos de botella y presiones inflacionarias. Por eso, en 1989 crecimos cerca del 3%, superando por primera vez en varios años la dinámica de la población. La clave ha sido, y seguirá siendo, la permanencia de la política económica, el estricto control del gasto público, un sistema fiscal competitivo, la apertura comercial, la desregulación económica y la promoción de la inversión privada, nacional y extranjera.

Todo esto ha sido posible porque los mexicanos nos hemos planteado una importante reforma del Estado. La ortodoxia de la posguerra que educó a muchos de mi generación, asociaba más propiedad del Estado con más justicia. Era la respuesta a la depresión de los años treinta. En México una creciente propiedad económica del Estado fue en su momento eficaz para impulsar la industrialización del país y consolidar una sofisticada organización de la sociedad, pero con el tiempo la sobrepresencia del Estado dejó de promover el crecimiento y se convirtió gradualmente en uno de sus obstáculos. Lo más grave, la justificación misma del Estado mexicano, heredero de una gran revolución social —defender la soberanía y promover la justicia—, se debilitaba con su expansión prioritaria y paternalista. No hay política social que se sustente en un elevado déficit público. Un Estado más grande no es un Estado más capaz ni más justo.

Por eso hemos privatizado más de 200 empresas públicas que no son estratégicas de acuerdo a nuestra constitución. Las nuevas autopistas e incluso las nuevas plantas termoeléctricas e hidroeléctricas, están financiadas y construidas por el sector privado. Cada semana recorro los pueblos y las colonias urbanas desprotegidas del país. Nunca he escuchado la demanda por renovar la flota de la Compañía de Aviación, pero siempre el reclamo por agua potable, por escuelas, por servicios básicos. La inversión que requería la compañía estatal de aviación podría dotar de agua potable a muchas ciudades del país. Por eso la hemos vendido y con sus recursos estamos resolviendo viejas y urgentes deman-

das sociales. La expansión de la compañía telefónica requiere en los próximos cinco años una inversión de 10 mil millones de dólares, que equivalen a los recursos que necesita la modernización de nuestro sistema educativo. Por eso estamos privatizando la compañía telefónica y a la vez emprendiendo una gran reforma de la educación para elevar su calidad.

Participar activamente en las reglas de la economía mundial reclama la organización de las prácticas políticas, la flexibilización de las instituciones y una mayor capacidad de respuesta de la sociedad frente a los cambios internos y externos. En nuestro siglo xix y sobre todo en la gran transformación que permitió la Revolución mexicana, abrazamos principios democráticos de la vida política. Han sido en México el estímulo de las grandes movilizaciones sociales y el instrumento más poderoso para aprender a vivir respetuosamente con las diferencias y la pluralidad que nos distinguen.

Desde los descubrimientos de los siglos xv y xvi, que iniciaron una sola historia universal, una de las culturas más maduras del continente se ha encontrado en México. Nuestra independencia de España mostró uno de los movimientos más complejos y profundos de Hispanoamérica. Construimos un Estado secular y de derecho y perduramos soberanos frente a invasiones externas y revueltas internas. Nuestra transformación en la segunda década del siglo xx, a diferencia de otras, no fue producto de un partido político ni siguió un libreto ideológico previo. Se reconoció en todas las clases y grupos sociales; por eso, no produjo una dictadura sino que resolvió, perdurablemente, la transmisión pacífica del poder.

En los últimos años nuestras instituciones políticas se han adaptado a un mayor pluralismo. Hoy tenemos, al amparo de nuevas reformas políticas producto del consenso entre varios partidos, una vigorosa competencia electoral. Hay una nueva composición de los órganos legislativos y gobiernos locales, varios en manos de las oposiciones. Se ha ampliado la participación de grupos y de sectores en las decisiones gubernamentales. En México ya pasaron los tiempos del partido prácticamente único. El respeto a las libertades es evidente y combatimos la ilegalidad en donde se encuentra. La estabilidad política y la creciente participación ciudadana explican, en buena parte, el éxito en llevar a cabo grandes transformaciones económicas en un marco de paz social.

La unidad de los mexicanos nos ha permitido, también, dar una batalla extraordinaria contra males internacionales que afectan a nuestra nación. El Primero es el narcotráfico que enferma y debilita a la juventud de todo el mundo y pone en riesgo la seguridad de los Estados. Hemos derrotado a las principales bandas internacionales que usaban nuestro territorio para alimentar el enorme mercado consumidor de Estados Unidos. En sólo un año decomisamos drogas por el equivalente a 50 mil millones de dólares, y que costó la vida a 74 agentes y militares. México seguirá dando en su territorio una lucha hasta el fin contra la cadena del terror que provoca el narcotráfico, por razones internas de soberanía, seguridad y salud.

El segundo es la contaminación ambiental. La modernización de México no puede avanzar destruyendo el medio ambiente. La ecología global no es una preocupación exclusiva de las naciones más avanzadas, ni la responsabilidad de

preservarla recae únicamente en los países en desarrollo. Es un bien mundial que sólo fructificará en la cooperación internacional y en la responsabilidad de cada quien. México se suma al esfuerzo mundial para proteger la capa de ozono y de controlar el efecto de invernadero. Hemos emprendido un programa muy ambicioso, para salvar a la ciudad de México de la contaminación atmosférica. Protegemos nuestros bosques tropicales, muchas veces lesionados por la necesidad de tierras para el cultivo.

Señoras y señores:

México tiene la confianza en sí mismo para abrirse con optimismo al mundo. Sabemos que al igual que nuestros antepasados somos capaces de hacer grandes cosas, nuestro orgullo proviene de la magnificencia de las civilizaciones indígenas, herencia española, la fuerza del mestizaje, las batallas por hacernos una nación soberana y un Estado independiente y del compromiso irrenunciable para reducir las desigualdades. Deriva también del esplendor de nuestras letras, de nuestra pintura, de nuestra apreciación plástica de la belleza. Por eso salimos al encuentro del mundo moderno, conscientes de las nuevas reglas que impone a todos la globalización económica. Pero, a la vez, empeñados en encontrar respuestas propias y originales a nuestras diferencias sociales y a los problemas de nuestro desarrollo. El libro del mundo no se ha cerrado, ni esperaremos a que las naciones avanzadas diriman la nueva configuración mundial para luego ver qué se puede hacer con el resto de las sociedades. Participaremos activamente, preservando lo que nos es esencial.

México se está transformando y por eso vive un nuevo optimismo social. Nuestras instituciones se han fortalecido. Las nuevas políticas son permanentes porque es la sociedad, unida en lo fundamental, la que las sostiene y las impulsa. Tenemos claridad en el camino que seguimos y confianza en nuestra capacidad de crecer y competir, ampliar nuestra democracia y mitigar las injusticias, preservando las libertades y la estabilidad general del país. Tenemos los fundamentos del México del siglo xxi.

Entre dos océanos, entre el mercado más grande del mundo y el potencial latinoamericano, México es la nación estable y segura que emprende las transformaciones que su sociedad exige y su papel en el mundo demanda. Su gobierno expresa la seriedad de los mexicanos por mantener la consistencia y la permanencia de su proyecto.

Por eso, México es un país fuerte en su interior, con una población y una economía equivalentes a dos terceras partes de la población y la economía de la Europa del Este. Mantenemos nuestra presencia activa en el exterior, como lo ha sido esta visita, en la cual hemos destacado la importancia de que Europa, ante las nuevas y prometedoras perspectivas que tiene, asuma la responsabilidad mundial que le corresponde en la nueva etapa que tiene por delante.

Los mexicanos recogemos de ayer los significados que queremos ver realizados en el futuro y miramos con los ojos del cambio nuestro perfil moderno. Estoy seguro que la comunidad internacional encontrará en México no sólo un espacio atractivo a su iniciativa, sino la tierra fecunda en creatividad y entusiasmo que espera contribuir con seguridad al diseño del mundo del próximo milenio.

Davos, Suiza, 1 de febrero de 1990.